

DE LA

**Real Academia de Buenas Letras**

DE BARCELONA

ENERO Á MARZO DE 1914

**LA VACUNA EN ESPAÑA**

ó Cartas familiares sobre esta nueva inoculación

## PRÓLOGO

El inmortal y filantrópico viaje alrededor del mundo, realizado en 1803 para aplicar y difundir la *Vacuna*, es una de las empresas más excelsas y plausibles de los españoles.

Aquella excursión, cantada por el poeta Quintana y por todos enaltecida, es inmarcesible gloria de la medicina nacional, en la que tomaron parte principalísima doctísimos profesores de Cataluña.

En 30 noviembre de aquel año salió del puerto de La Coruña la corbeta de 200 toneladas, *Marta Pita*, en la que, aparte de la dotación, embarcaron veintidós niños, algunas Hermanas de la Caridad y limitado cuerpo facultativo a las órdenes del médico castreño don Francisco Javier de Balois, natural de Alicante.

La pequeña nave iba, como es sabido, por mandato de S. M. don Carlos IV, á inocular, implantar y difundir la linfa j Jenneriana, recién descubierta, en todas las posesiones españolas, á la sazón numerosas y extendidas por la redondez de la Tierra.

Merced á tan arriesgada y humanitaria expedición, niños hispanos llevaron á lueñas tierras el bálsamo eficazísimo contra la terrible, mortífera viruela que, impensadamente, habían propagado los denodados conquistadores, sus abuelos.

La regia y laudable decisión tomada fué, previo informe autorizado y sabio de los tres cirujanos de cámara, nacidos en Cataluña, don Leonardo Galli, profesor militar de gran prestigio; D. Ignacio Lacaba, famoso anatómico, y el presidente, D. Antonio Gimbernat, florón de la cirugía. Adués, el Vicedirector de la excursión, el encargado de las vacunaciones en la América meridional, fué el heroico D. José Salvany y Lleopart, hijo de Cataluña, y discípulo del Colegio de Barcelona, quien perdió en la odisea un ojo antes, y después la vida.



I-730



Ciertamente que no se tomara el histórico acuerdo pertinente á la realización de tan magna y trascendental empresa, si el celo, la sabiduría y el denuedo científicos de otro catalán, D. Francisco Píguillem, no hubiesen preparado la opinión con sus inspiradas y felices experiencias.

Dicho doctor, nacido en Puigcerdá (1770-1826), y en cuya población ejercía, fué quien, conocedor de los primeros ensayos verificados con la linfa de Jenner en el extranjero, pidió y adquirió el licor profiláctico, y lo injertó con éxito halagüeño en el brazo de parvulillos de su villa natal, extendiendo el método á otras poblaciones, á Barcelona, y facilitando linfa á cuantos profesores estudiosos se lo pidieron para experimentarla en las demás provincias.

Este primordial y emocionante período, que abarca y recuerda los arduos y gloriosos ensayos del apóstol de la vacuna en España, del Doctor Píguillem, catedrático luego de clínica en la ciudad condal, queda gallarda, modesta y sinceramente historiado en su libro que lleva por título *La Vacuna en España*, y contiene seis cartas familiares, concisas, eruditas, primorosamente escritas y dirigidas á la madre valerosa que facilitó sus hijos para las primeras vacunaciones.

Tiene, por tanto, el citado documento triple valor: histórico, científico y literario; es altamente curioso por referirse á período inolvidable, solemne; á sucesos decisivos en la evolución sanitaria española, en la que se certifica la intervención de los médicos de Cataluña, en la aplicación primera, y en la difusión mundial de la vacuna.

El precioso relato de Píguillem, folleto de 62 páginas, escrito en 1801, impreso, sin duda, en tal fecha, es hoy muy raro, difícilmente se encuentran ejemplares; los historiadores de la Medicina española no lo vieron, tal vez por lo reducido de la tirada, por el tamaño del libro, que facilita su pérdida, ó por otras circunstancias que ignoramos (1).

Aparte de las recordadas ventajas que atesora el folleto epistolar del Doctor Píguillem, ofrecen sus páginas, frases y noticias reveladoras del anhelo científico de los sabios, de la esperanza de los temerosos, de la zozobra de los que dudaban y de la oposición ó desconfianza agresiva de los incrédulos, creando aquel estado de los espíritus complejo ante el descubrimiento sensacional de Jenner y cuya aceptación preparó, sin duda, la *inoculación* circasiana.

Surgen también, del ameno é interesante relato agudas observaciones, sabios consejos y predicciones que el tiempo ha confirmado.

La Real Academia de Buenas Letras de Barcelona, tomando en cuenta las excelencias del peregrino libro, lo difícil de su adquisición y consulta, y guiada por el deseo de poner en manos de los amantes

---

(1) El ejemplar que presentamos á la Real Academia y que sirve para la reimpresión, nos lo facilitó el distinguido médico de Manresa D. Olegario Miró, socio correspondiente de esta Corporación.

de la ciencia y de las patrias glorias, un testimonio valiosísimo de la actuación de los profesores catalanes, en la grandeza y adelantos de la medicina ibérica, tomó por unanimidad el acuerdo de reimprimir literalmente el interesante epistolario, convencida de prestar con ello un servicio á nuestro país.

DR. LUIS COMENGE

### CARTA I

Muy Señora mia: Me da Vm. el parabien de que se hayan ya verificado en nuestra España los admirables, y tan deseados efectos, que prometía la inoculación de la Vacuna. Lo accepto de muy buena gana, y se le devuelvo á Vm. con el mismo afecto con que le recibo. Ya le prometí á Vm., que si el haber yo tenido la dicha de ser el primero en introducir esta nueva inoculación en España me acarrea jamás alguna gloria; Vm. tendría en ella la mitad, que de justicia le correspondía. Yo fui, es verdad, quien la inoculé el primero, Vm. la que quiso que sus hijos estimados fuesen los primeros en probarla; yo no hize mas que cumplir mi ministerio, deseoso de hacer un bien á toda España, y Vm. exerció un acto el mas heroico, sujetando á sus hijos á una operacion nueva y desconocida. Sí Señora, le devuelvo á Vm. mil parabienes, y me tomo la parte, que me cabe, y á la que unicamente he aspirado.

Una epidemia de Viruelas terrible, y horrorosa asuela varias partes de Cataluña; donde ya se ha extendido la Vacuna por el zelo, y cuidado de los Médicos, amantes de la humanidad, y de los progresos de su arte. El contagio viroloso, semejante á un Angel exterminador, embiste, mata, destruye, y llena de consternacion á las familias y pueblos enteros; pero pasa de largo la casa de los invacunados, sin duda, porque se ve en sus umbrales una señal de salud, y una boleta de sanidad.

Los niños invacunados, traviosos y curiosos van á las casas de sus amigos, que gimen en medio de los tormentos horribles de la Viruela, se acercan á sus camas, se aturden á vista de tantos granos, y comparandolos con los que ellos han tenido, reconocen desde luego la ventaja; ven muchos que mueren, y aquellos que tienen la dicha de escapar, les parecen extraños y desconocidos, pues han mudado de semblante, y quedado desfigurados por todo el resto de su vida. Corren los invacunados precipitadamente á decir á sus madres, con la sencillez de aquella tierna edad: *Mas vale tener la Vacuna, pues no queremos morir, ni quedar feos como los que han tenido las Viruelas.*

¿Pensaba pues Vm., que si en Inglaterra, Ginebra, y Alemania habia respetado el contagio de las Viruelas á los invacunados, no habia de hacerlo tambien con los de nuestra España? ¿No somos acaso tan acreedores á este beneficio tan singular, que nos dispensa el Todo-Po-

deroso, como aquellas naciones, que pretenden llevarnos en todo mucha ventaja?

Yo le habia propuesto á Vm. varias veces el único medio que habia de librar á sus queridos hijos de las Viruelas, que era la antigua inoculacion; pero despues de haber escuchado atenta mis razones, me respondia Vm. con aquel agrado, que le es tan natural: es verdad, convengo con Vm. en las ventajas de la inoculacion; pero si Vm. Señor Doctor, fuese padre, creeria en la inoculacion, y sin embargo no inocularia á sus hijos; casese Vm., y veremos si lo hará. Solo el temor de exponer á sus hijos á un riesgo muy posible, bastaria para retraherle de una práctica, que cree Vm. tan útil y provechosa para todo el público. Con esta respuesta me hacia Vm. callar, frustraba todos mis argumentos, y me ví en la precision de desistir de mi empresa, pues no es tan facil el poder reducir á Señora, quando no la acomoda.

Habrá cosa de un año, que recibí una carta de un amigo de Paris, que se la leí inmediatamente á Vm., y decia lo siguiente: Aunque ya habrá sabido Vm. por los Diarios de la Literatura Médica extranjerá, que la nueva inoculacion de la Vacuna ocupa en el día la atencion de los médicos mas famosos de Inglaterra y de Alemania; con todo voy á darle una noticia mas circunstanciada sobre este descubrimiento admirable, que si produce los efectós que promete, será uno de los mas útiles para la humanidad, y hará epoca en los anales de la Medicina.

El condadó de Gloucester es un pays de Inglaterra muy abundante en pastos, donde se cria un gran número de Vacas, en cuyas ubres, ó tetas les salen unas pústulas, ó granitos irregulares y azulados. Las Vacas poco, ó nadá sienten durante esta enfermedad, solo que se disminuye algun tanto su leche. Esta enfermedad se llama *Cowpox*, que quiere decir Viruela de las Vacas. Como la leche es el principal alimento de aquellos habitantes, van á ordeñar las Vacas hombres y mugeres, grandes y chicos indistintamente. A los que no han tenido las Viruelas les salen unas pústulas, ó granos semejantes á los que tienen las Vacas en sus pechos, con tal que tengan algun rasguño en las manos, ó se les haya levantado por qualquier causa la epidermis, ó primera piel.

Se sabia por una tradicion inmemorial entre aquellos labradores, que los que habian tenido la Viruela de las Vacas, quedaban en lo succesivo al abrigo de las Viruelas ordinarias; pero se habia tenido esta opinion por muy extraña y ridicula como otras muchas que cree el vulgo ignorante. Un famoso médico, cuyo nombre será inmortal, llamado Eduardo Jenner, que exercia la práctica en Berkeley, escuchó atento lo que decian aquellos sencillos labradores, y lejos de despreciar aquella tradicion popular y antigua, vió que el modo con que aquellas gentes contrahian la Vacuna era una verdadera inoculacion; y resolvió servirse de aquella materia en lugar de la de las Viruelas ordinarias para los sugetos que se le presentarian para inocular. Salió

con esta inoculación un grano semejante al de la Vacuna natural, y habiéndoles reinoculado las Viruelas, no surtieron el menor efecto. Lo mismo sucedió inoculando Jenner las Viruelas á los que habian pasado la Viruela de las Vacas muchos años atrás. Bien seguro de sus varias y repetidas observaciones publicó Jenner su admirable descubrimiento, y aseguró que esta nueva inoculación era infinitamente preferible á la antigua, pues con un solo grano, y sin ser acompañada del menor síntoma, que pudiese amedrentar, preservaba en lo sucesivo de las Viruelas; al paso que tenia la doble ventaja de no ser contagiosa, como aquellas. Esta relacion de Jenner hizo la mas viva sensación á quantos la oyeron, y deseosos algunos profesores de verificarla, se apresuraron a repetir las experiencias que su autor habia empezado. Los Doctores Pearson, Simmonds, y Woodwille convencidos de la evidencia de los hechos, confirmaron la verdad de las promesas de Jenner, y lejos de querer disminuirle la gloria, que le acarrea el haber sido inventor de tan benéfico hallazgo, le tributaron elogios, y le proclamaron por uno de los mas acreedores á la estimación, y reconocimiento de la humanidad. Esta nueva inoculación se va extendiendo prodigiosamente por toda Inglaterra. Añaden, que iguales sucesos han tenido en otros países, singularmente en Ginebra, y Viena por el zelo, y actividad de los Doctores Odier, y Decaro. Se espera de dia en dia experimentarla en Francia, de lo que daré aviso á Vm., pues sé lo mucho que se interesa en todo lo que mira al bien de la humanidad, y á la perfección del arte que profesa.

¡Qué sensación tan pronta produjo en el sensible corazón de Vm. esta sucinta y verdadera relacion del origen y descubrimiento de la Vacuna! Deseosa de librar á sus hijos queridos de las Viruelas, me acuerdo que prorrumpió con alborozo: Esa sí que es una excelente inoculación, que yo adoptaria facilmente: ni repararia en que mis hijos fuesen los primeros en experimentarla: hubiera Vm. querido, que hubiese ya tenido entonces la materia para inocularles. Escriba Vm., me dixo, para que se la envíen, y mis hijos serán los primeros, que Vm. ha de inocular antes que se vaya á Barcelona.

Tuve singular complacencia en haber convencido á Vm., que era tan inexorable y opuesta á la antigua inoculación, bien que le aconsejé, que dexásemos que los médicos franceses la probasen antes, y diesen su parecer, pues como era invención de los ingleses, luego la rechazarían, si no salía como les habian prometido; porque, aunque aficionados en adoptar qualquiera cosa nueva, no llevan á bien que se les diga, que los médicos ingleses los adelantan, y les son superiores.

Prometí á Vm., que me procuraria todas las nociones posibles sobre un asunto tan interesante, y que luego de ser aprobada por los médicos de París, me haria venir el Virus, ó materia para inocular á sus hijos. Con todo tuve ya entonces ciertos presentimientos, de que esta inoculación triunfaria, y seria muy bien recibida por todos los sabios

de la Europa; pues, á mas de que los médicos ingleses, que la habian publicado, eran hombres bien conocidos de todos los médicos instruidos; el modo tan sencillo, con que se habia descubierito, me hacia creer en su utilidad. Vm. se acordará, que le dixé á este intento, que tal habia sido el origen, que habian tenido la mayor parte de los descubrimientos mas útiles. La quina nos vino de los Salvages, el mercurio, el opio, el antimonio, y demás remedios, que llamamos heroycos, no fueron conocidos entre las disputas de los sabios, ni fruto de las combinaciones, y cálculos de algun hombre erudito. La antigua inoculación de las Viruelas, que tanto bien ha hecho á la humanidad (aunque Vm. no esté aficionada á ella), tuvo su origen en un pueblo bárbaro, é ignorante, qual era el de la Georgia, y Circasia. Si en vez de entretenernos en sistemas engañosos, y disputas que solo sirven para hacer ostentacion, nos ocupamos los médicos en observar atentamente los fenómenos, que presenta la naturaleza, y que los reparan mas á menudo los hombres sencillos y rudos; haríamos tal vez iguales descubrimientos al que hizo el Doctor Jenner en los prados de Inglaterra.

Pero no por esto debe ensoberbecerse la presumida ignorancia. Si el Doctor Jenner hombre de talento, observador juicioso, y Médico muy apreciable no se desdendió de aprender de la boca de los sencillos labradores las observaciones, que ellos habian hecho sobre la Viruela de las Vacas; no publicó tan útil descubrimiento sin haber repetido, y variado sus experiencias; pues sabia, que el vulgo está muy sujeto á la preocupación, y cree, y sostiene como verdades muchos errores y fruslerias. Por esto los médicos desde la mas remota antigüedad, al paso que han apreciado las observaciones, que se han hecho por las gentes ignorantes, y seguido en cierto punto un empirismo racional, han sido de otra parte los que se han opuesto con mayor teson á los errores populares, y preocupacion de las gentes.

Mas dexemos esto á parte, que iria muy largo, y pensaria tal vez Vm.; que voy á hacer un elogio de la facultad, que profeso; y como á parte interesada me tendria por sospechoso. Le hablaré únicamente de la Vacuna, sin aquellos términos enredados, voces facultativas, ó thenicas, que solo sirven para fastidiar al público, y hacernos pasar á los médicos por ridículos y extravagantes. Habiendo tenido la Vacuna un origen tan sencillo, conviene hablar de ella, de modo que se haga conocer á toda clase de gentes, pues la verdad no necesita de adornos para presentarse en público.

Entre tanto puede Vm. disponer de mí en todas ocasiones, pues sabe que soy de Vm. su mas atento servidor.

## CARTA II

Muy Señora mia: ¡Cómo se desazonaba Vm., y reprehendia mi indiferencia y lentitud, viendo que jamás acababa de llegar la materia

de la Vacuna para inocular á sus hijos! Yo, es verdad, no llevaba mucha prisa en pedirla, por mas que mi amigo me escribía, que habia llegado el Doctor Woodwille para introducir la Vacuna en Francia, pero que no habia podido pasar á Paris por no estar sus pasaportes bien arreglados. Entre tanto inoculó Woodwille á varios individuos en Boloña, de donde despues remitieron Virus á Paris, siendo el primer inoculado el hijo del Doctor Colón el día 8 de Agosto de 1800. Yo con todo no me determiné á pedir materia de la Vacuna, aunque deseaba complacer á Vm., é introducirla en nuestro pays, por motivo de que los Españoles, aunque rayanos, somos tardos en recibir las novelerias, que se doran con el título de inventos. A primeros de Noviembre, habiendo sabido por mi amigo, que los ensayos que habia hecho una junta de médicos de Paris, eran conformes á lo que habian dicho los ingleses, y confirmaban la benignidad de esa nueva inoculacion; me determiné á pedir una porcion de aquella materia, que recibí el dia tres de Diciembre al anochecer.

¡Qué alegría no manifestó Vm. al decirle, que ya tenia la materia de la Vacuna, que habia sido tanto tiempo deseada! Vamos luego, me dixo, á inocular á los niños, ahora que van á desnudarse. Me admiró á la verdad el denuedo y valor de Vm., y sentia dentro de mí cierto movimiento de agradecimiento al ver que Vm. me entregaba sus hijos á discrecion, ofreciendomeles gustosa para esta operacion nueva y desconocida, solo porque yo se la proponia. Estas satisfacciones, Señora, que logramos los médicos de quando en quando, suavizan los sinsabores y disgustos tan frequentes, que trae consigo el penoso ejercicio de nuestra profesion.

Toma Vm. su hijo en sus brazos, le acaricia mientras que se le hace una ligera incision, ó rasguño con la punta de una lanceta, en la que habia una gota de materia Vacuna; se está quieto el niño, ni siente lo que se le ha hecho, y viendo el tafetán inglés, que se le puso paraque no se le escapase la materia; insta él mismo paraque se le haga lo mismo en el otro brazo; y la niña zelosa de lo que se acaba de hacer con su hermanito, llora, y presenta el brazo paraque se inocule inmediatamente. Corren alegres, enseñando á todos el lugar, donde se les ha hecho la incision, y vienen otros dos de la hermana de Vm. con la misma alegría y alborozo.

No habrá Vm. olvidado, que quedamos en no decir nada hasta que la cosa fuese clara, y se hubiese manifestado el grano; pero los niños apenas despiertan el día siguiente, quando quieren ver el tafetán inglés, que se les puso en el brazo, y contandolo á todos los que pasan, desean desnudarle para enseñarselo. Se descubre nuestro secreto, se esparce en un instante la voz por toda la villa de nuestra nueva inoculacion. Cada uno habla á su antojo, sin entender palabra en el asunto: unos tildan á Vm. de crédula, y demasiado adicta á las voces de su Doctor; otros que va á introducirse una nueva y terrible enfermedad;

mientras que algunos afectando un ayre de reserva y moderacion, caracterizan de precipitado mi modo de obrar, y apelan al tiempo para decidir.

¿Pero piensa Vm., Señora, que esto ha sucedido únicamente en Puigcerdá, y que no hay gentes en todas partes, que hablan, critican, reprueban y condenan sin conocimiento de causa? No somos, aunque metidos entre montes y nieve de los mas preocupados, é ignorantes. En París, en Ginebra, en Londres mismo habla qualesquiera de la Vacuna sin conocerla, y se desprecia y rehusa sin tomar antes el trabajo de examinar lo que es. Aunque aprobada por los mas famosos médicos de todas las naciones, que son sus jueces legítimos, es rechazada de la multitud, y reprobada de aquellos facultativos, que blasfeman lo que ignoran, sirviendose de este medio para ahorrarse trabajo en estudiar, y combinar las razones antes de resolver.

Con todo tal es la fuerza de la verdad, que reluce en medio de las mas espesas sombras, y triunfa de los mas poderosos enemigos.

El ver que sus hijos de Vm. corrian alegres, y sin dar muestras del menor daño en medio de la nieve, y de los rigores del invierno, era el mas poderoso argumento para confundir á los que sin atender á lo que decian, habian creido que se introducía un veneno activo capaz de comunicar una nueva enfermedad, que no seria facil detener. Entre tanto solicita Vm. del buen exito de la inoculacion haciendose sorda á todas las voces y dichos del vulgo, registra el lugar de la incision al dia quarto, y viendolo un poco roxo, y avivado, no puede Vm. contener su gozo, y me envia á buscar prontamente; felicitandome de que haya salido la cosa como esperábamos. En efecto se notó en las incisiones cierta elevacion, y un movimiento con apariencias de formarse ya el granito ó vexiguilla; que fue aumentado, y desplegandose cada dia, conservando en su centro una depression, ú hoyo muy notable. Comparciendo al dia decimo la areola ó círculo de un color muy subido; y extendiendose poco á poco, llegó al doce á tener dos pulgadas de diámetro. Vm., que observaba atentamente todo quanto pasaba en sus hijos, reparó que estaban de noche algunos ratos algo agitados, pero sin calentura, despertando á la mañana siguiente con su natural alegria, actividad y apetito. Se alegró Vm. de este fenómeno, pues me acuerdo que dixo: Que era una prueba de que todo el cuerpo participaba del benéfico influxo de esa inoculacion, y seria un motivo mas poderoso para tranquilizar á los que no podian concebir, cómo la Vacuna, siendo tan benigna, y limitandose solamente á la parte donde se aplicaba, podia preservar de una enfermedad universal como eran las Viruelas.

Viendo que sus hijos pasaban todo el curso de la Vacuna sin saberlo, ni dar muestras de la menor indisposicion, se presentaron algunos para ser inculados, bien persuadidos de que iban á perder muy poco en hacerlo. Como algunos fuesen de las familias mas distinguidas de

la villa, creyeron los demás en la benignidad de la nueva inoculación, pues en todas las cosas hace mas el exemplo que las persuaciones y argumentos. Los nuevos inoculados siguieron como Vm. vió con la misma felicidad, al paso que los granos de los hijos de Vm. se secaron poco á poco convirtiéndose en una costra ó escara dura y morena, que cayó al cabo de unos treinta días.

Ya se tuvo con la segunda inoculación una entera confianza, de que la Vacuna era benigna é inocente, pues, á mas de que los invacunados no se privaban de la menor cosa de lo que antes acostumbraban, corrían alegres, manejaban la nieve, y en una palabra, hacían lo mismo que hubieran hecho si no hubiesen sido inoculados. Solamente podían ellos mismos quejarse de que fuese tan benigna, pues ni les dispensó un solo día el asistir á la escuela, ni les sirvió de excusa para escaparse del castigo si no sabían la lección.

En los pueblos inmediatos se esparció desde luego la voz de nuestra nueva inoculación, y venían las gentes, que antes habían dudado, á ofrecer á sus hijos con la confianza de que se iba á exponer muy poco, y á ganar mucho.

Habiéndose pues propagado por la Cerdaña la nueva inoculación, emprendí mi viage para esta Capital, que tanto tiempo ha tenía proyectado. Ya vió Vm., que el día de mi partida habiendo abierto el grano de un chiquito, que se hallaba á los once días de su inoculación, apliqué sobre él un pedacito de cristal, en el que se pegó una porción de la materia que fluía, y habiéndole juntado con otro cristal del mismo tamaño, uniles con un poco de cera, para que el Virus se conservára, así como lo había hecho con el que me habían remitido de Paris. En la misma noche de haber llegado á esta, habiendo desunido los dos cristales, tomé una gota de agua fresca con la punta de un alfiler, desléí la materia hasta que tuvo una consistencia de aceyte, y tomando con la punta del mismo alfiler una pequeña porción de ella inoculé á dos primos míos, que estimo sobre manera.

El curso de la Vacuna fue del todo uniforme en mis primos, como en los hijos de Vm., y demás inoculados de Cerdaña. Igualmente había corrido sus tramites la Vacuna en Vique, donde al pasar la había inoculado, para que participasen de su benéfico influxo los de aquella comarca.

La nueva inoculación iba ganando cada día nuevos proselitos, y me pedían de todas partes materia para propagarla. He procurado satisfacer los deseos de quantos me han favorecido, bien que no ha sido fácil servir á todos con la exactitud, y puntualidad que hubiera deseado. Otros profesores de distincion han concurrido á pagarla.

Se habían conocido en todas partes los ensayos del Doctor Colon, que á este fin había yo traducido, y publicado con expreso permiso de su Real Magestad, que Dios guarde; pues era la única obra, que en-

tonces había mas á propósito para hacerse entender de todas las gentes. Me pareció conveniente poner en ella un discurso, en el qual expusiera con toda sencillez é ingenuidad el curso benigno de la Vacuna que yo había observado, y las noticias que había podido procurarme, que probaban era el verdadero preservativo de las Viruelas.

Es constante, que con la mejor intencion de hacer bien á todo el mundo, no püede á veces el hombre hacerlo con la extension, y facilidad que desea. Muchos han inoculado la Vacuna, pero, ó no les ha surtido el menor efecto, ó se han amedrentado al ver algunas irregularidades, que son meramente accidentales, y que nada influyen en lo principal.

Muchos no han puesto todo el cuidado posible en asegurarse de que el Virus, que se les enviaba, estuviese bien desleído; y esta circunstancia es indispensable, pues de otro modo solo irrita la parte donde se aplica, ocasiona una inflamacion muy pronta, formandose una pústula puntiaguda, con una pequeña costra en el centro, y llenandose de una materia purulenta, ó de un sero sanguinolento, se seca con prontitud, de suerte que en siete, ú ocho dias está ya todo acabado. Por lo que no conviene inocular con hilas empapadas en la materia vacuna, pues la dan ordinariamente falsa, como notó primero el Doctor Odier de Ginebra, y so ha visto en muchos de los que han sido inoculados con este método en Cataluña. En unos se han visto algunos granos por todo el cuerpo, que duran dos ó tres dias, pero no supuran, ni son granos de la Vacuna, como erradamente se ha creído. En otros queda una costra ulcerada por algun tiempo, lo que de ordinario proviene, de que los niños se la arrancan luego que se ha formado, ó de los unguentos y otras drogas, que se les pone para cicatrizarla. En muy pocos se ha observado inflamacion erisipelatosa, y superficial en el brazo, lo que ha atemorizado á los que la han visto, y se han apresurado á poner diferentes remedios, que no han hecho de ordinario mas que agravarla. Este síntoma es efecto de la irritacion hecha en la piel, pues hay sugetos tan delicados, á quienes no solo una picadura, sino un poco de unguento rosado, ó de aceyte aplicado sobre ella, les promueve una erisipela. A mas de que ¿no hay sugetos de aquellos, que llamamos mal humorados, que guardan un grano meses enteros, y les cuesta mucho tiempo el ver cicatrizada la mas ligera herida?

Lo cierto es, que estos, y otros síntomas, que pocas veces acompañan á la inoculacion de la Vacuna, se curan por sí mismos, siendo el tiempo el mejor medicamento. En todos estos casos por mas irregularidades y complicaciones que se hayan observado, *es preciso asegurarse si compareció la ampolla, ó veziguilla, que le es peculiar, y que constituye la verdadera Vacuna;* pues si falta, es indispensable repetir la inoculacion. Ya ve pues Vm., que aunque tan facil de practicar esta inoculacion, pide con todo algun cuidado de parte del inoculador para

asegurarse que un sugeto ha sido invacunado como se debe. Yo no dudo, que algunos viviendo en una falsa seguridad, serán tal vez víctimas de las Viruelas, y darán nuevos motivos á los detractores de esta práctica saludable para calumniarla, y retraher de ella á los que no pesan las circunstancias de los hechos. Muchos vienen de lejos para hacerse inocular sin que jamás les vuelva á ver el inoculador; ¿cómo pues podrá responder del efecto de la Vacuna, que no ha visto, y asegurar que pueden vivir con tranquilidad sin temer el contagio de las Viruelas? A este fin hubiera sido muy útil, que se hubiese notado el nombre de los invacunados, y el curso de la Vacuna, librando despues una certificacion á cada uno de los que hubiesen tenido verdadera.

Por falta de semejantes precauciones estoy seguro, de que será vituperada la Vacuna, quando alguno de los que se cree haberla pasado, será víctima de las Viruelas, de cuyo rigor piensa estar al abrigo. Me acuerdo de haber leído, que estando persuadido el famoso Tissot; de que un niño de una señora, que él estimaba, habia sido bien inoculado por haberselo asegurado dos célebres Inoculadores, tuvo el disgusto de verle perecer entre los horrores de una Viruela maligna, lo que la hizo pasar unos dias muy tristes en todo el resto de su vida, lamentandose de haber creído lo que no habia visto. Este exemplo puede desengañar á qualquier profesor, y hacerle ver la obligacion que tiene de estar sobre sí, y no responder del efecto de las cosas, que no pasan á su vista. Yo bien sé que puedo responder que sus hijos de Vm. han sido invacunados debidamente, y por consiguiente podrán estar bien seguros, sin necesidad de huir de su casa quando alguna epidemia de Viruelas embista esos paises, y sacrifique á su furor á los que no hayan sido preservados por este remedio.

Entre tanto celebraré que continuen todos tan buenos, alegres y robustos, que es el mejor testimonio de que la Vacuna no les ha alterado en nada su excelente temperamento, ni ocasionado ninguna mala resulta. Dios guarde á Vm. muchos años.

*(Se continuará)*

## PRO SERMONE PLEBEICO

*(Conclusión)*

La fecha de la siguiente carta, dirigida por Sa-Riera al rey Jaime II, cuando éste era soberano de Sicilia, debe naturalmente corresponder al período de 1285-1291. Se halla entre los pergaminos sin clasificar del Archivo de la Corona de Aragón:

«Al molt alt molt noble et molt poderos senyor en Jacme per la